

CLÁSICOS UNIVERSALES



ORGULLO Y PREJUICIO

JANE AUSTEN

TRADUCCIÓN DE
ROSER VILAGRASSA



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Pride and Prejudice*

- © 2010, Roser Vilagrassa Sentís, por la traducción
- © 2010, Jordi Vila i Delclòs, por las ilustraciones
- © 2010, David Owen, por el epílogo
- © 2010, Montse Ganges, por el cuaderno documental
- © 2010, Fernando Vicente, por la ilustración de cubierta
- © 2010, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí
Imágenes del cuaderno documental: © Age Fotostock, © Aisa,
© Album/akg-images, © Corbis/Cordon Press, © Getty Images.

Tercera edición: mayo de 2016
ISBN: 978-84-8343-375-1
Depósito legal: B-17216-2014
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

TOMO I

CAPÍTULO I

Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero que posee una gran fortuna necesita esposa.

Y aunque no se sepa nada sobre los sentimientos o la opinión de éste, cuando llega a un sitio nuevo, las familias del lugar están tan convencidas de esa verdad que consideran a ese hombre propiedad legítima de alguna de sus hijas.

—Querido señor Bennet —dijo un día la señora Bennet—, ¿te has enterado de que por fin han alquilado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues sí —contestó su esposa—. La señora Long acaba de estar aquí y me lo ha contado.

El señor Bennet no contestó.

—¿No quieres saber quién se ha instalado? —preguntó ella con impaciencia, subiendo el tono.

—Tú quieres contármelo, y yo no tengo inconveniente en oírlo.

La sugerencia bastó como invitación.

—Bueno, querido, pues sí, te lo tengo que contar: la señora Long ha dicho que un joven acaudalado del norte de Inglaterra ha alquilado Netherfield; que llegó el lunes en carroza de cuatro caballos para ver la finca, y que le gustó tanto que enseguida se puso de acuerdo con el señor Morris. Tomará posesión a finales de septiembre, aunque algunos sirvientes llegarán al final de la semana que viene.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh! ¡Soltero, querido, soltero! Un soltero acaudalado: dispone de cuatro o cinco mil libras al año. ¡Es perfecto para nuestras hijas!

—¿Por qué? ¿Ellas qué tienen que ver?

—Querido señor Bennet —respondió su esposa—, ¿por qué eres tan puñetero? Sabes de sobra que podría acabar casándose con una de ellas.

—¿Y con ese propósito se ha establecido aquí?

—¿Con ese propósito? ¡Qué tonterías se te ocurren! Aunque sí que podría enamorarse de una de tus hijas. Así que tan pronto llegue irás a hacerle una visita.

—¿Y por qué tengo que ir yo? Id tú y las niñas. O mejor: mándalas solas, porque siendo tan hermosa como ellas, a lo mejor le gustas tú.

—Querido, me halagas... Es verdad que de joven era hermosa, pero ahora no pretendo ser nada extraordinario. Cuando una mujer tiene cinco hijas crecidas ya no puede estar pensando en su propia belleza.

—En tales casos, querida, no suele quedar mucha belleza en la que pensar.

—Sí, bueno, pero tienes que hacer una visita al señor Bingley sin falta cuando llegue al vecindario.

—No te prometo nada.

—Piensa en tus hijas. Imagínate el buen partido que supondría para una de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a pasar a verle sólo por eso; ya sabes que no suelen visitar a los vecinos nuevos. Tienes que ir, porque nosotras no podemos hacerle una visita sin que antes la hayas hecho tú.

—La verdad es que eres demasiado escrupulosa. Estoy seguro de que el señor Bingley estará encantado de recibirlos; le llevarás una nota de mi parte para garantizarle que le doy mi consentimiento para casarse con la que quiera (aunque tendré que decir alguna buena palabra para recomendar a mi querida Lizzy).

—Preferiría que no lo hicieras. Lizzy no es mejor que las demás, y no es ni la mitad de guapa que Jane, ni la mitad de graciosa que Lydia. Y aun así es tu preferida.

—Es que ninguna de las otras es tan digna de recomendación —replicó el marido—. Son todas bobas e ignorantes como las demás chicas. En cambio Lizzy tiene una agudeza que no tienen sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes insultar a tus propias hijas? Disfrutas sacándome de quicio. No tienes compasión de mis pobres nervios.

—Te equivocas, querida. Siento un profundo respeto por tus nervios. Me acompañan desde hace mucho tiempo: veinte años hace por lo menos que te oigo hablar de ellos.

—¡Ay! Tú no sabes lo que sufro.

—Aun así, espero que te sobrepongas y vivas lo suficiente para conocer a muchos vecinos nuevos y jóvenes con fortunas de cuatro mil libras al año.

—Aunque vinieran veinte como él no serviría de nada si tú no fueras a visitarlos.

—Ten por seguro, querida, que cuando sean veinte iré a verlos a todos.

El carácter del señor Bennet era una extraña mezcla de vivo ingenio, humor sarcástico, reserva y capricho tal que los veintitrés años juntos no habían bastado a su esposa para comprenderlo. El de ésta, en cambio, era menos complicado. La señora Bennet era una mujer de pocas luces, escasa cultura y genio imprevisible. Cuando la disgustaban creía que era cosa de los nervios. Su misión en la vida era casar a sus hijas; y sus distracciones, las visitas y las novedades.

CAPÍTULO II

El señor Bennet fue uno de los primeros en visitar al señor Bingley. Había tenido la intención de ir a verle desde el primer momento pese a decirle a su esposa que no pensaba hacerlo, y hasta la tarde después de la visita ésta no lo supo. Su marido se lo reveló de la siguiente manera. Al ver que su segunda hija se adornaba un sombrero con una cinta, dijo de pronto:

—Espero que al señor Bingley le guste, Lizzy.

—Nunca sabremos qué cosas le gustan y qué cosas no le gustan al señor Bingley —se quejó su madre con resentimiento— si no quieres ir a visitarlo.

—Mamá, piensa —dijo Elizabeth— que lo conoceremos cuando se organice alguna reunión, y que la señora Long ha prometido presentárnoslo.

—No creo que la señora Long piense hacerlo. Ella misma tiene dos sobrinas. Es una mujer egoísta, hipócrita y no me merece ningún respeto.

—Ni a mí —dijo a su vez el señor Bennet—. Y me alegro de que no dependáis de su promesa.

La señora Bennet prefirió no responderle, pero al no poder contener la rabia regañó a una de sus hijas.

—¡Kitty, deja ya de toser de esa manera, por Dios! Apiádate de mis nervios. Me los estás destrozando.

—Kitty no sabe toser con discreción —dijo su padre—, y lo hace en momentos inoportunos.

—No toso porque me guste —replicó Kitty con mal humor.

—¿Cuándo tienes el próximo baile, Lizzy?

—Mañana faltarán dos semanas.

—¡Es verdad! —exclamó su madre—. Y la señora Long no vuelve hasta el día antes: no podrá presentarnos al señor Bingley, porque ni siquiera ella lo habrá conocido aún.

—En tal caso, querida, podrás anticiparte a tu amiga y presentárselo tú a ella.

—Imposible, señor Bennet, imposible si ni yo misma lo conozco. ¿Cómo puedes burlarte así de mí?

—Aplaudo tu prudencia. Una amistad de quince días no es mucho, la verdad. En quince días no se puede conocer bien a un hombre. Pero si nosotros no nos decidimos a presentárselo, otros lo harán; y al fin y al cabo la señora Long y sus sobrinas merecen una oportunidad. Por tanto, como ella lo entenderá como una atención, si tú no quieres presentárselo, ya lo haré yo.

Las chicas miraron fijamente a su padre, y la señora Bennet sólo exclamó:

—¡Qué tonterías! Pero, ¡qué tonterías!

—¿Qué significa esa exclamación tan tajante? —preguntó su esposo—. ¿Consideras una tontería las presentaciones formales y la importancia que se les concede? En eso sí que no puedo estar de acuerdo contigo. ¿Tú qué dices, Mary?, ya que eres una chica introspectiva, que lees grandes obras y luego las resumes.

Mary quería decir algo inteligente, pero no encontraba las palabras.

—Mientras Mary aclara sus ideas —prosiguió el señor Bennet—, volvamos al tema del señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley —se quejó su mujer.

—Pues lamento oírte decir. ¿Y por qué no me lo has dicho antes? De haberlo sabido esta mañana no habría pasado a verle, te lo aseguro. Por desgracia, como la visita ya está hecha, ahora no podemos eludir el trato con él.

Las mujeres reaccionaron según él esperaba: quedaron boquiabiertas, y quizá la señora Bennet la que más. Sin embargo, cuando pasó el primer arranque de alegría, ésta aseguró que sabía desde el principio que su esposo pensaba visitar al señor Bingley.

—¡Qué detalle por tu parte, querido señor Bennet! Sabía que al final te convencería. Quieres demasiado a tus hijas para perder la oportunidad de conocer a un hombre como el señor Bingley. ¡Qué contenta estoy! Además, ha sido muy gracioso que hayas ido esta mañana y no hayas dicho nada hasta ahora.

—Bueno, Kitty, ya puedes toser todo lo que quieras —dijo el señor Bennet al salir, agotado por los arrebatos de alegría de su esposa.

—Tenéis un padre magnífico, hijas mías —les dijo en cuanto la puerta se cerró—. No sé cómo le podréis agradecer el favor que os ha hecho... ni yo, vaya. A nuestra edad no es nada fácil conocer a gente nueva cada día, os lo aseguro, pero por vosotras haríamos lo que fuera. Lydia, cielo, aunque seas la pequeña, me atrevería a decir que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh! —exclamó Lydia con decisión—. No me asusta nada, porque aunque soy la más pequeña, soy la más alta.

Pasaron el resto de la tarde hablando de cuándo el señor Bingley iba a devolver la visita de su padre y de cuándo debían invitarle a cenar.

CAPÍTULO III

A pesar de todas preguntas que la madre y las hijas hicieron al señor Bennet, no pudieron sonsacarle una descripción satisfactoria del señor Bingley. Lo abordaron de distintas maneras: con preguntas descaradas, suposiciones sutiles y conjeturas encubiertas. Y pese a la habilidad de las mujeres, el señor Bennet consiguió eludirlas todas. Al final tuvieron que conformarse con escuchar la información de segunda mano que podía ofrecerles lady Lucas, su vecina, y su descripción fue más que favorable. Sir William había quedado encantado con él. Era bastante joven, asombrosamente apuesto, sumamente agradable y, para colmo, pensaba asistir a la próxima fiesta con un grupo de amigos. ¿Qué más se podía pedir? El gusto por el baile facilitaba el enamoramiento, y había grandes esperanzas puestas en conquistar el corazón del señor Bingley.

—Si algún día veo a una de mis hijas felizmente instalada en Netherfield —dijo la señora Bennet a su esposo—, y a las demás igual de bien casadas, me daré por satisfecha.

A los pocos días, el señor Bingley devolvió la visita al señor Bennet, y estuvo con él diez minutos en la biblioteca. Esperaba poder ver a sus hijas, de cuya belleza tanto había oído hablar. Pero sólo vio al padre. En cambio, las muchachas tuvieron más suerte, ya que desde una ventana de arriba vieron al caballero, que llevaba un abrigo azul y un caballo negro.

Poco después mandaron al señor Bingley una invitación para cenar. La señora Bennet ya tenía previstos los platos que harían honor a sus aptitudes culinarias, cuando la respuesta a la invitación

aplazó la cena: el señor Bingley debía ir a Londres al día siguiente, lo cual le impedía aceptar el honor de su invitación, etcétera, etcétera. La señora Bennet quedó muy disgustada. ¿Qué se le habría perdido al señor Bingley en la capital si hacía nada que estaba en Hertfordshire? Empezó a temer que siempre estuviera viajando y no pasara tiempo en Netherfield, como debía. Lady Lucas disipó un poco sus temores al sugerir que a lo mejor había ido a Londres para recoger a un nutrido grupo de amigos para el baile. Poco después corrió la voz de que el señor Bingley llevaría consigo al baile a doce damas y siete caballeros. Las muchachas lamentaron que fueran a asistir tantas damas, pero les alivió oír al día siguiente que sólo habían venido seis con él: cinco hermanas suyas y una prima. Y cuando el grupo entró en el salón de baile, sólo eran cinco: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor y otro joven.

El señor Bingley era guapo y caballeroso, tenía un semblante agradable y una forma de ser natural y espontánea. Sus hermanas eran bien parecidas e iban a la moda. Su cuñado, el señor Hurst, apenas miró a los demás caballeros; y su amigo, el señor Darcy, enseguida atrajo la atención de los presentes por su altura y elegancia, sus hermosas facciones y su porte distinguido, así como por el rumor que circulaba a los cinco minutos después de entrar: tenía una renta de diez mil libras anuales. Los hombres opinaron que era un caballero distinguido, las señoras declararon que era mucho más guapo que el señor Bingley, y fue objeto de admiración durante buena parte de la velada, hasta que sus modales causaron una indignación general y, en consecuencia, un cambio de opinión sobre su popularidad. Y es que se descubrió que era orgulloso, que se creía superior a quienes le rodeaban y que no era fácil contentarle. La gran extensión de su finca de Derbyshire no lo eximía de tener una expresión severa y antipática, ni de no ser digno de comparación con su amigo.

El señor Bingley no tardó en darse a conocer entre las personas más importantes de la sala. Era alegre y abierto y no se saltaba un solo baile. También lamentó que el baile acabara tan pronto y comentó que él mismo ofrecería uno en Netherfield. Su simpatía

hablaba por sí sola. ¡Qué diferencia entre él y su amigo! El señor Darcy sólo bailó una vez con la señora Hurst, y otra con la señorita Bingley, se negó a que le presentaran a cualquier otra dama, y se pasó el resto de la noche deambulando por la sala o hablando ocasionalmente con los de su grupo. Estaba claro: el señor Darcy era el hombre más orgulloso y antipático del mundo, y nadie esperaba que volviera a aparecer por allí. Entre los presentes, despertó especial antipatía a la señora Bennet, pues a la aversión general que tenía por el señor Darcy se sumó la ofensa por haber despreciado a una de sus hijas.

Y es que, debido a la escasez de caballeros, Elizabeth Bennet había tenido que quedarse sentada durante dos bailes; entonces oyó sin querer una conversación entre el señor Darcy y el señor Bingley, en un momento en que éste había interrumpido la diversión para pedirle a su amigo que bailara también.

—Vamos, Darcy —le dijo—, tienes que bailar. No soporto verte ahí de pie solo como un bobo. Te lo pasarás mejor si bailas.

—No pienso hacerlo. Ya sabes que lo detesto si no conozco bien a mi pareja. Y en una fiesta así sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y no bailaría con otra mujer de la sala porque sería una condena.

—No seas tan quisquilloso —se quejó Bingley—. ¡Por lo que más quieras! No he visto en toda mi vida a tantas mujeres encantadoras como esta noche. Y hay varias de belleza extraordinaria.

—Sólo hay una mujer guapa en toda la sala, y eres el único que baila con ella —dijo el señor Darcy mirando a la mayor de los Bennet.

—¡Oh! ¡Es la cosa más hermosa que han contemplado mis ojos! Pero justo detrás de ti está una de sus hermanas, que también es muy guapa y además parece muy simpática. Permíteme que le pida a mi pareja que te la presente.

—¿A cuál te refieres? —preguntó.

Se dio la vuelta y se quedó mirando a Elizabeth, hasta que ésta lo miró. El señor Darcy apartó la vista y añadió con indiferencia:

—No está mal, aunque no es lo bastante hermosa para tentarme. Y ahora no estoy de humor para atender a chicas con las que otros

no quieren bailar. Sigue bailando con tu pareja y disfruta de sus sonrisas, porque conmigo pierdes el tiempo.

El señor Bingley le hizo caso, su amigo se alejó y Elizabeth no se movió de su sitio, aunque con sentimientos nada cordiales por él. Pese a todo, se lo contó a sus amigas con buen humor, pues era de natural alegre y travieso, y cualquier cosa ridícula la divertía.

En general, toda la familia pasó una velada agradable. La señora Bennet se alegró de ver la admiración que su hija mayor había despertado entre los anfitriones. El señor Bingley había bailado con ella dos veces, y las hermanas de éste no le habían quitado los ojos de encima. Jane estaba igual de encantada que su madre, pero no dijo nada, pero Elizabeth se dio cuenta de lo contenta que estaba su hermana. Mary había oído a alguien decir de ella a la señorita Bingley que era la muchacha más instruida del lugar, y Catherine y Lydia habían tenido la suerte de contar con parejas toda la noche, cosa que a su edad era lo único que les importaba en un baile. Así que la familia volvió animada a Longbourn, el pueblo donde vivían y del cual eran los habitantes más importantes. Al llegar a casa encontraron al señor Bennet todavía despierto. Había perdido el sentido del tiempo enfrascado en un libro y, en esa ocasión, además sentía mucha curiosidad por saber cómo había ido la fiesta que tanta expectación había despertado. A decir verdad, esperaba que su esposa hubiera vuelto decepcionada después de lo mucho que habían imaginado sobre el forastero. Pero al poco rato supo que la impresión había sido muy distinta.

—¡Oh, querido señor Bennet! —exclamó su mujer al entrar en la sala—. Hemos pasado una noche deliciosa, ha sido un baile extraordinario. Tendrías que haber venido. Jane ha despertado tanta admiración... nunca he visto nada igual. Todos comentaban lo guapa que estaba, y al señor Bingley le ha parecido muy hermosa y ha bailado con ella dos veces. ¿Qué te parece, querido?: ha bailado con ella dos veces. Y ha sido la única a la que ha sacado a bailar dos veces. Primero se lo ha pedido a la señorita Lucas. Cuando lo he visto, me ha dado mucha rabia, pero luego no ha mostrado mucho interés en ella. Porque, la verdad, ¿quién va a interesarse por esa? Pero cuando

ha visto bailar a Jane... ha quedado fascinado. Así que ha preguntado quién era y se la han presentado, y entonces le ha pedido que bailara con él la siguiente serie de dos bailes. Luego ha bailado la tercera con la señorita King, y la cuarta con Maria Lucas, y la quinta otra vez con Jane, y la sexta con Lizzy... y también ha bailado el *boulangier*.

—Si el señor Bingley se apiadara de mí —se quejó su esposo con impaciencia—, ¡no habría bailado tanto! Por Dios, deja ya de hablar de sus parejas. ¡Ya podría haberse hecho un esguince en el primer baile!

—¡Ay, querido! —prosiguió la señora Bennet—. Ese hombre me ha cautivado. ¡Es de lo más apuesto! Y las hermanas son encantadoras. En mi vida he visto vestidos tan elegantes como los que llevaban. Diría que el encaje bordado en el de la señora Hurst...

El señor Bennet volvió a interrumpirla, pidiéndole que se ahorra la descripción de la indumentaria. Pero como no podía contenerse de comentar otros aspectos del baile, le habló con resentimiento y exageración de la grosería indignante del señor Darcy.

—Pero te aseguro —añadió— que Lizzy no pierde nada por no ser de su gusto, porque es un hombre horroroso y antipático, y no merece que le hagan caso. ¡Es tan altivo y engreído que no hay quien lo soporte! ¡Se paseaba de acá para allá como si fuera mejor que los demás! ¡Que Lizzy no es lo bastante hermosa para bailar con él! Me habría gustado que hubieras estado allí, querido, para ponerlo en su sitio, como sabes hacer. Detesto a ese hombre.

CAPÍTULO IV

Cuando Jane y Elizabeth quedaron a solas, aquélla, que hasta ese momento se había comedido al elogiar al señor Bingley, confesó a su hermana que éste le gustaba mucho.

—Es tal como ha de ser un hombre joven —dijo—: sensato, divertido, alegre... además, nunca había conocido a nadie con tan buen humor, tan desenvuelto... ¡y a la vez tan educado!

—Además es muy guapo —respondió Elizabeth—, como ha de ser (si es posible) un hombre joven. Y esto lo convierte en el hombre ideal.

—Me he sentido muy halagada cuando me ha sacado a bailar la segunda vez. No me esperaba ese cumplido.

—Ah, ¿no? Yo sí. Pero, claro, ésa es una de las grandes diferencias entre tú y yo: a ti los cumplidos siempre te cogen por sorpresa, y a mí nunca. Lo normal es que volviera a sacarte a bailar. Era inevitable que el señor Bingley se diera cuenta de que eres cinco veces más guapa que cualquier otra mujer de la sala, así que no hay que agradecerle la galantería. La verdad es que es muy simpático, así que apruebo que te guste. Porque ha llegado a gustarte tanta gente estúpida...

—¡Lizzy!

—Ya sabemos que tiendes demasiado a mirar con buenos ojos a la gente en general. Nunca ves defectos en nadie. Todo el mundo te parece bueno y simpático. En mi vida te he oído hablar mal de un ser humano.

—Prefiero no censurar a alguien antes de conocerle bien, pero también digo siempre lo que pienso.

—Ya lo sé, y precisamente eso es lo increíble: que siendo tan prudente veas siempre con buena fe los disparates y las estupideces de los demás. Fingir franqueza es algo muy corriente, lo hacen muchas personas. Pero ser franco sin ostentarlo o sin proponérselo, o sacar lo mejor de los demás, e incluso mejorarlo, excluyendo las vilezas... eso solamente lo haces tú. Bueno, y supongo que también te habrán causado buena impresión las hermanas de este caballero, ¿no? Aunque no son tan simpáticas como él.

—No, es verdad que al principio no. Pero luego, cuando hablas con ellas, son muy simpáticas. La señorita Bingley tiene pensado vivir con su hermano y llevar la casa. Y me equivocaría si dijera que no será una vecina estupenda.

Elizabeth la escuchaba en silencio, pero sin mucha convicción. En la fiesta las hermanas Bingley no habían gustado demasiado en general; y Elizabeth, que era más sagaz y menos comprensiva que su

hermana, y cuyas opiniones no se alteraban fácilmente con halagos, no tenía la misma buena opinión de las hermanas Bingley. Ciertamente que eran damas refinadas; tenían buen humor si las contentaban y podían ser simpáticas cuando querían, pero eran orgullosas y engréidas. Eran bastante hermosas, habían estudiado en una de las mejores escuelas de la capital, poseían una fortuna de veinte mil libras al año y estaban acostumbradas a derrochar y a relacionarse con personas de clase alta. Todo esto las convencía de que valían mucho y de que los demás eran inferiores. Perteneían a una familia respetable del norte de Inglaterra, lo cual les importaba más que el hecho de que su fortuna, así como la de su hermano, procedía de la actividad comercial.

El señor Bingley había heredado de su padre un patrimonio de casi cien mil libras. En vida, el difunto siempre había querido comprar una finca, pero no vivió suficiente para cumplir su deseo. El señor Bingley tenía la misma idea, y alguna que otra vez se había interesado por alguna propiedad de su condado. Sin embargo, ahora que disponía de una buena casa y de la libertad que le proporcionaban las tierras, quienes lo conocían y sabían que era un hombre sencillo dudaban que no fuera a pasar el resto de sus días en Netherfield y dejar en manos de la siguiente generación la adquisición de una finca.

Sus hermanas ansiaban que tuviera una finca propia. Sin embargo, aunque de momento sólo fuera arrendatario, la señorita Bingley no ponía reparos en ocupar la cabecera de su mesa, y su otra hermana, la señora Hurst, casada con un hombre más distinguido que rico, no estaba menos presta a considerar la casa de su hermano como la suya propia si le convenía. Cuando aún no hacía dos años que el señor Bingley había alcanzado la mayoría de edad, le sedujo la idea de visitar Netherfield House gracias a una recomendación fortuita. Visitó la casa y sus alrededores durante una media hora. La situación y las salas principales le gustaron, quedó satisfecho con los elogios que el dueño dedicó a la propiedad y, sin pensarlo dos veces, decidió alquilarla.

Él y Darcy eran íntimos amigos a pesar de ser muy distintos. Darcy apreciaba a Bingley por su carácter espontáneo, franco y dócil,

aun cuando él era todo lo contrario y cuando él parecía insatisfecho con el suyo. Y Bingley confiaba plenamente en la estima de su amigo y respetaba su criterio. Darcy era más inteligente. No es que Bingley no lo fuera, pero Darcy lo era mucho más. Al mismo tiempo era altanero, reservado y exigente y, pese a haber recibido una buena educación, su trato con los demás dejaba mucho que desear y, en esto, su amigo lo aventajaba. Bingley caía bien allá donde fuera y, en cambio, Darcy ofendía a todo el mundo.

Sus comentarios de la fiesta de Meryton bastaban para ilustrarlo. Bingley jamás había conocido a personas tan simpáticas ni a muchachas más guapas en toda su vida; todo el mundo había sido amabilísimo y atento con él, sin rigideces ni formalidades, y al poco ya tenía la sensación de conocer a todos los presentes; en cuanto a la señorita Bennet, no podía imaginar un ángel más hermoso. Darcy, en cambio, tuvo la impresión de haber conocido a un grupo de gente tosca y sin gracia, carente de interés, y del que no había recibido ninguna muestra de atención o simpatía. Reconoció que Jane era hermosa, pero sonreía demasiado.

La señora Hurst y su hermana le dieron la razón, pero también dijeron que les había caído bien, que era una muchacha con encanto y que no les importaría conocerla mejor. Se llegó, pues, a la conclusión de que la señorita Bennet era una joven encantadora, con lo cual su hermano pensó que tenía su aprobación para pensar de ella lo que él quisiera.

CAPÍTULO V

A poca distancia a pie de Longbourn vivía una familia muy amiga de los Bennet, los Lucas. Sir William Lucas había sido comerciante en Meryton. Allí había hecho fortuna y había tenido el honor de recibir el título de «sir» gracias a un discurso dirigido al Rey durante su mandato como alcalde. La distinción se le subió a la cabeza y acabó aborreciendo su negocio y su vida en aquel pueblo de tradición

comercial. Así que renunció a ambos y se trasladó con su familia a una casa a poco más de kilómetro y medio de Meryton, llamada en esa época Lucas Lodge. Allí podía disfrutar a sus anchas de su propia importancia y, una vez liberado del trabajo, dedicar su vida a ser cortés con todo el mundo. Y aunque su posición lo había envejecido, no lo había vuelto desdeñoso. Al contrario: era muy atento con todos. Siendo de por sí inofensivo, simpático y servicial, su presentación en el palacio de St. James lo había convertido, además, en un hombre educado.

Lady Lucas era una buena mujer, aunque no lo bastante lista para ser una vecina valiosa para la señora Bennet. Tenían varios hijos. La mayor, Charlotte, una joven sensata e inteligente de unos veintisiete años, era amiga íntima de Elizabeth.

Para las señoritas Lucas y las señoritas Bennet era imprescindible reunirse para hablar después de un baile. De modo que a la mañana siguiente de la fiesta de Meryton, aquéllas fueron Longbourn para intercambiar impresiones con las hermanas Bennet.

—Tú empezaste la noche con buen pie, Charlotte —dijo la señora Bennet a la señorita Lucas, lisonjeándola por consideración—. Fuiste la primera a la que el señor Bingley sacó a bailar.

—Sí... pero por lo visto prefirió a la segunda.

—¡Oh!, ¿te refieres a Jane?... claro, porque bailó con ella dos veces. La verdad es que sí, que al parecer se fijó en ella... De hecho, yo creo que así fue, porque oí algo... aunque ahora no recuerdo qué... algo que dijo el señor Robinson.

—Quizá se refiera a la conversación que oí del señor Bingley con el señor Robinson. ¿No se lo conté? El señor Robinson le preguntó qué le parecían los bailes de Meryton, si no pensaba que había muchas mujeres hermosas en la sala y cuál le parecía la más bella. Y a la última pregunta, le respondió sin pensarlo dos veces: «¡Oh!, la mayor de las hermanas Bennet, sin lugar a dudas.»

—¿De verdad? Vaya, pues parece que lo tenga muy claro. Como si... Bueno, pero al final podría no ser nada.

—Este comentario era más correcto que el que tú oíste, Eliza —dijo Charlotte—. No merece tanto la pena escuchar al señor

Darcy como a su amigo, ¿verdad? ¡Pobre Eliza! Se atrevió a decir que Elizabeth «no estaba mal».

—Te ruego que no incites a Lizzy a enfadarse porque hablara así de ella. Además, es un hombre tan antipático que gustarle sería una desgracia. La señora Long me dijo anoche que lo tuvo sentado al lado media hora y no abrió la boca ni una sola vez.

—¿Estás segura, madre? ¿Seguro que no te confundes? —dijo Jane—. Porque yo la vi hablando con el señor Darcy.

—Sí, claro, porque al final ella le preguntó qué le parecía Netherfield, y él no se pudo librar de contestar. Pero la señora Lucas dice que parecía muy molesto por haberse dirigido a él.

—La señorita Bingley me dijo —aseguró Jane— que no suele hablar mucho, salvo con sus amigos íntimos. Y que con ellos sí que es la mar de agradable.

—Pues yo no me lo creo, cariño. Si fuera un hombre tan agradable le habría dirigido la palabra a la señora Long. Ya me imagino por qué fue. Todos dicen que es muy orgulloso: seguro que en algún momento se enteró de que la señora Long no tiene carruaje y que había alquilado una calesa para ir al baile.

—A mí me da igual que no quisiera hablar con la señora Long —dijo la señorita Lucas—, pero me habría gustado que hubiera bailado con Eliza.

—Yo que tú, Lizzy —dijo su madre—, no bailarías con él si te lo pide la próxima vez.

—Madre, puedo prometerte que nunca pienso bailar con él.

—El orgullo —dijo la señorita Lucas— me suele molestar, pero en este caso no, porque está justificado. Es normal que un joven tan refinado, de buena familia, rico, con tanto a su favor, se tenga en tan alta estima. Digamos que tiene derecho a ser orgulloso.

—En eso tienes mucha razón —respondió Elizabeth—. Y a mí no me importaría disculpar su orgullo... si no hubiera atacado el mío.

—Yo creo que el orgullo —observó Mary, a quien le molestó la contundencia de aquella reflexión— es un defecto muy común. Es más, por todo lo que he leído, estoy convencida de que es muy común; que la naturaleza humana es propensa a este sentimiento y que somos

pocas las personas a las que no nos gusta destacar por nuestras cualidades ya sean reales o imaginarias. Aunque la vanidad y el orgullo son dos palabras distintas, a menudo se usan como sinónimos. Se puede ser orgulloso sin ser vanidoso. El orgullo está relacionado con la opinión que tenemos de nosotros mismos; la vanidad, con lo que nos gustaría que los demás pensarán de nosotros.

—Si yo fuera tan rico como el señor Darcy —gritó el hermano pequeño de los Lucas, que las había acompañado—, me daría igual ser orgulloso. Tendría una jauría de perros de caza y me bebería una botella de vino al día.

—Entonces beberías demasiado —dijo la señora Bennet— y, si yo te viera, te arrancarías la botella de las manos.

El niño se quejó diciendo que no podría, ella insistió en que sí, y la discusión se alargó hasta el final de la visita.

CAPÍTULO VI

Poco después, las damas de Longbourn devolvieron la visita a las de Netherfield, como era costumbre. El encanto de Jane cautivó un poco más a la señora Hurst y a la señorita Bingley. Y aunque les pareció que la madre era insufrible, y que no valía la pena hablar con las hermanas pequeñas, expresaron su deseo de conocer mejor a la familia a través de las dos mayores. Jane recibió gratamente esta muestra de atención, pero Elizabeth pensó que seguían siendo desdeñosas con todo el mundo, a excepción, quizá, de su hermana, por lo que era incapaz de sentir simpatía por ellas. Además, sabía que trataban con amabilidad a Jane porque le gustaba a su hermano. De hecho, cada vez que se encontraban saltaba a la vista en general que Jane le gustaba; y a los ojos de Elizabeth era igual de evidente que la simpatía inicial de su hermana hacia él empezaba a ceder al amor. Sin embargo, se alegraba de que los demás no se dieran cuenta, pues aunque era intenso el sentimiento, Jane mantenía la serenidad y siempre parecía alegre, lo cual la protegía de la suspicacia de los



más impertinentes. Elizabeth compartió esta reflexión con su amiga, la señorita Lucas.

—En este caso —respondió Charlotte— quizá es mejor que la gente no lo sepa, pero a veces no conviene disimularlo tanto. Si una mujer esconde su afecto con la misma habilidad al objeto amado, puede perder la oportunidad de conquistarlo. Entonces da igual que el resto del mundo tampoco lo sepa. En casi cualquier sentimiento de afecto hacia alguien hay tanta gratitud y vanidad que puede ser arriesgado que nadie lo sepa. Es fácil que alguien empiece a gustarnos, es bastante natural. Pero pocos nos enamoramos de verdad sin que nos animen a hacerlo. En nueve de cada diez casos es preferible que una mujer muestre más afecto del que siente en realidad. Está claro que a Bingley le gusta tu hermana; pero podría quedar sólo en eso si ella no se lo da a entender.

—Ya lo hace en la medida en que su forma de ser lo permite. Si yo me he dado cuenta de cómo lo mira, tiene que ser bobo para no verlo también.

—No te olvides, Eliza, de que él no conoce a Jane tan bien como tú.

—Pero si una mujer tiene interés por un hombre y no se empeña en ocultarlo, él debe averiguarlo.

—Y puede que lo haga si se ven las veces necesarias. Y aunque Bingley y Jane se ven bastante a menudo, nunca pasan muchas horas juntos. Y como siempre se ven en presencia de otros, no tienen un momento para hablar a solas. Por lo tanto, Jane tendría que estar pendiente de atraer su atención cada media hora. Y cuando lo haya conquistado, tendrá tiempo de sobra para enamorarse todo lo que quiera.

—La estrategia parece buena —respondió Elizabeth— si lo que una busca es un buen partido. Si decidiera buscarme un marido rico, o simplemente un marido, creo que la aplicaría. Pero Jane no piensa así; no actúa por conveniencia. Es más, ni siquiera sabe muy bien hasta qué punto le gusta el señor Bingley, ni si lo que siente por él es o no razonable. Hace sólo dos semanas que lo conoce. Bailó cuatro bailes con él en Meryton; lo vio una mañana en su propia

casa, y desde entonces ha cenado con él cuatro veces. Eso no basta para conocerlo bien.

—No como tú lo ves. Si sólo hubiera cenado con él, Jane sólo habría averiguado que tiene buen apetito. Pero no te olvides de que se han visto cuatro noches... y cuatro noches pueden dar mucho de sí.

—Sí, cuatro noches les han servido para descubrir que a los dos les gusta más jugar a tres sietes que a comercio, pero no creo que hayan averiguado cosas más importantes el uno del otro.

—En fin —dijo Charlotte—, deseo de todo corazón que las cosas le salgan bien a Jane, y si se casara con él mañana, yo creo que sería igual de feliz que si se pasara veinte meses estudiando el carácter del señor Bingley. La felicidad en el matrimonio es sólo una cuestión de suerte. Que dos personas se conozcan muy bien antes de casarse, o que se parezcan mucho, no garantiza lo más mínimo su felicidad. Porque con el tiempo cambiarán lo suficiente para irritarse el uno al otro. Así que es mejor conocer lo justo los defectos de la persona con quien vas a compartir tu vida.

—Me hace mucha gracia lo que dices, Charlotte, pero es una insensatez. Sabes que lo es y que tú misma no harías así las cosas.

Ocupada como estaba en observar las atenciones del señor Bingley hacia su hermana, Elizabeth ni siquiera sospechaba que ella misma empezaba a ser objeto de interés para su amigo. El señor Darcy no le había dado el gusto de considerarla hermosa; en el baile la había mirado sin ningún interés, y en el siguiente encuentro sólo le había dirigido la palabra para hacer críticas. Ahora bien, cuando ya había dejado claro a sus amigos que no veía ninguna facción bonita en aquella joven, y él mismo ya se había convencido, empezó a darse cuenta de que la hermosa expresión de sus ojos oscuros revelaba una inteligencia inusitada. A este descubrimiento siguieron otros igual de deshonorosos. Pese a detectar con ojo crítico más de una imperfección simétrica en su figura, tuvo que reconocer que ésta era ligera y delicada; y pese a sostener que no tenía los modales de una persona de mundo, su espontaneidad y picardía lo cautivaron. Pero Elizabeth no había percibido nada

de esto: para ella el señor Darcy era un hombre que desplegaba antipatía allá donde iba y para el que no era lo bastante hermosa como pareja de baile.

Él empezó a querer saber más sobre ella y, como paso previo a dirigirle la palabra, mostraba interés por las conversaciones de Elizabeth con los demás. Cosa que a ella no le pasó por alto. Se dio cuenta en casa de sir William Lucas, durante una velada con muchos invitados.

—¿Qué pretende el señor Darcy —dijo Elizabeth a Charlotte— escuchando mis conversaciones con el coronel Forster?

—Sólo el señor Darcy podría responderte.

—Pues si vuelve a hacerlo, pienso decirle que me he dado cuenta de lo que pretende. Es muy dado a los comentarios satíricos, y si yo no empiezo a comportarme con impertinencia también, al final me cohibirá.

Al poco, cuando el caballero se acercó a ellas, al parecer sin intención de dirigirles la palabra, la señorita Lucas desafió a su amiga a mencionarle el asunto, y Elizabeth se animó a hacerlo. Así pues, se volvió hacia él y le dijo:

—¿No le parece, señor Darcy, que me he expresado insospechadamente bien hace un momento, cuando importunaba al coronel Forster para que dé un baile en Meryton?

—Lo ha hecho con gran contundencia... claro que las mujeres siempre son contundentes cuando se trata de bailes.

—Es usted severo con nosotras.

—Y ahora toca fastidiar a Elizabeth —dijo la señorita Lucas—. Voy a abrir el piano, Eliza, y luego ya sabes qué viene luego.

—Para ser mi amiga, eres muy extraña: ¡siempre me haces tocar y cantar ante conocidos y desconocidos! Si mi vanidad hubiera dado un giro musical, habrías tenido un valor incalculable como amiga, pero como no es el caso, preferiría no tener que sentarme a tocar ante un público que debe de estar acostumbrado a escuchar a los mejores intérpretes. —La señorita Lucas insistió, y Elizabeth añadió:— Muy bien; si así debe ser, que así sea. —Miró con seriedad al señor Darcy.— Hay un antiguo y sabio dicho que todos los

presentes conocerán de seguro: guárdate el aliento para enfriarte la sopa. Yo me guardaré el mío para entonar esta canción.

La interpretación fue agradable, pero no fue, ni mucho menos, estupenda. Después de un par de canciones, y antes de poder responder a los ruegos de los presentes para que volviera a cantar, su hermana Mary la relevó con muchas ganas. Y es que al ser la única de la familia que estudiaba y cultivaba con afán sus aptitudes, siempre estaba dispuesta a exhibir sus dotes.

Sin embargo Mary no tenía ni talento ni buen gusto, y aunque la vanidad la había hecho ser aplicada, también le había dado un aire pedante y engreído que empañaba cualquier grado de excelencia que hubiera alcanzado. Los concurrentes habían disfrutado más con la interpretación de Elizabeth, pues aunque no había tocado tan bien, lo había hecho con naturalidad y sin afectación. En cuanto a Mary, al final de un largo concierto, se alegró de recibir elogios y agradecimientos por las piezas escocesas e irlandesas que le habían pedido sus hermanas menores, que bailaron muy animadas con algunas señoritas Lucas y dos o tres oficiales en un extremo de la sala.

El señor Darcy estaba de pie, callado e indignado por que pasaran la tarde de aquella manera, sin el mínimo interés en conversar, y estaba demasiado absorto en sus pensamientos para reparar en que a su lado tenía a sir William Lucas, hasta que éste entabló conversación:

—¡Qué estupenda forma de diversión para los jóvenes, señor Darcy! Al fin y al cabo, no hay nada como el baile. Yo lo considero uno de los principales refinamientos de las sociedades sofisticadas.

—Desde luego, sir. Además tiene la ventaja de darse en las sociedades menos sofisticadas del mundo: cualquier salvaje sabe bailar.

Sir William se limitó a sonreír.

—Su amigo es un excelente bailarín —prosiguió tras un silencio, al ver al señor Bingley unirse al grupo—, y estoy seguro de que usted mismo es un adepto a este arte, señor Darcy.

—Supongo que me vería bailar en Meryton, sir.

—Sí, claro, y lo que vi no me pareció nada mal. ¿Baila alguna vez en el palacio de St. James?

—Jamás, sir.

—¿No cree que sería un cumplido por su parte?

—Si puedo evitarlo, nunca hago cumplidos.

—Tengo entendido que vive usted en la capital.

El señor Darcy asintió inclinando la cabeza.

—Yo estuve pensando en comprarme una casa en la ciudad, porque me gustan las sociedades superiores. Pero no estaba seguro de si el aire de Londres iba a sentarle bien a lady Lucas.

Calló a la espera de una respuesta, pero su interlocutor no estaba dispuesto a darle ninguna. En aquel preciso instante Elizabeth se dirigía hacia ellos. Sir William tuvo la idea de hacer un gesto muy galante y la llamó.

—Querida señorita Eliza, ¿por qué no está bailando? Señor Darcy, permítame que le presente a esta joven: es una excelente pareja de baile. Estoy seguro de que no se negará a bailar ante tanta hermosura.

Dicho esto le cogió una mano con la intención de dársela al señor Darcy que, aunque sumamente sorprendido, no tuvo inconveniente en recibirla. Pero ella enseguida se hizo atrás y, con cierta turbación, dijo a sir William:

—Lo cierto, sir, es que no tenía ninguna intención de bailar. Le ruego que no crea que me he acercado a ustedes para mendigar un compañero de baile.

Con seria corrección, el señor Darcy pidió respetuosamente que le permitiera el honor de tomar su mano, pero fue en vano. Elizabeth estaba decidida a no bailar con él. Pero esto no desalentó a sir William, que trató de convencerla.

—Baila usted tan bien, señorita Eliza, que es una crueldad negarme la satisfacción de ver cómo lo hace. Y aunque este caballero parece poco dado a divertirse, estoy seguro de que no se opondrá a hacernos ese favor durante media hora.

—El señor Darcy es un hombre muy educado —dijo Elizabeth con una sonrisa.

—Sí, lo es... pero teniendo en cuenta el incentivo, querida señorita Eliza, no es de extrañar su buena disposición. Pero, claro, ¿quién iba a negarse a bailar con alguien como usted?

Elizabeth los miró con malicia y dio media vuelta para marcharse. Su resistencia no había ofendido al caballero, que la miró con satisfacción, cuando se acercó la señorita Bingley.

—A ver si adivino qué le tiene tan absorto.

—No creo que lo sepa.

—Está pensando en lo insoportable que sería pasar varias veladas así... en semejante compañía. Y yo estoy de acuerdo con usted, por supuesto. ¡En mi vida me he aburrido tanto! Son insulsos, pero bulliciosos... es gente insignificante que se da importancia. Me encantaría oír cómo los critica.

—Le aseguro que se equivoca en sus conjeturas. Estaba concentrado en cuestiones más amables. Pensaba en el encanto que pueden conceder unos ojos bonitos al rostro de una mujer hermosa.

La señorita Bingley lo miró fijamente, y le preguntó qué dama tenía el honor de inspirar tal reflexión. Con gran intrepidez, el señor Darcy respondió:

—La señorita Elizabeth Bennet.

—¡La señorita Elizabeth Bennet! —repitió la señorita Bingley—. Me deja usted atónita. ¿Desde cuándo es la favorita? Y, por favor, dígame cuándo podré felicitarle.

—Es exactamente la reacción que esperaba de usted. La imaginación de las mujeres vuela; salta de la admiración al amor, y del amor al matrimonio en un instante. Sabía que ya iba a querer felicitarme.

—Si se lo toma tan en serio, debo entender que el compromiso es definitivo. Tendrá una suegra encantadora y, cómo no, siempre estará de visita en Pemberley.

El señor Darcy escuchaba a la señorita Bingley con absoluta indiferencia, mientras ésta se divertía haciendo suposiciones, y como la actitud de él la convenció de que todo era cierto, dio rienda suelta a su ingenio.

CAPÍTULO VII

El patrimonio del señor Bennet consistía casi sólo en una finca con valor de dos mil libras anuales que, por desgracia para sus hijas, a falta de un legatario varón, heredaría un pariente lejano. Y el patrimonio de la señora Bennet, pese a ser más que suficiente para sus circunstancias, compensaba poco la carencia del de su esposo. Su padre había sido abogado en Meryton y le había dejado cuatro mil libras.

Su hermana estaba casada con el señor Philips, un hombre que había trabajado para su padre y lo había sucedido en el negocio; y su hermano vivía en Londres, dedicado a una actividad comercial respetable.

Longbourn estaba a poco más de kilómetro y medio de Meryton, una distancia práctica para sus hijas, pues solían visitar a su tía y comprar en una sombrerería que les quedaba de paso. Las dos más pequeñas, Catherine y Lydia, frecuentaban el pueblo vecino más que ninguna, ya que tenían menos cosas que hacer que sus hermanas; así, cuando nada mejor se presentaba, se imponía un paseo a Meryton para pasar la mañana y procurarse temas de conversación para la tarde. Y por pocas novedades que hubiera en el campo por lo general, siempre conseguían sonsacarle alguna a su tía. De hecho, en aquel momento no les faltaban noticias y alegría, porque a la comarca había llegado un regimiento de la reserva del ejército para pasar el invierno, y en Meryton estaba el cuartel general.

Dadas las circunstancias, las visitas a la señora Philips les proporcionaban información muy interesante. Todos los días averiguaban algún detalle más sobre los nombres y familiares de los oficiales. Dejó de ser un secreto dónde se alojaban, y pronto empezaron a conocer a los propios soldados. La señora Philips los visitó a todos, lo cual fue para sus sobrinas una fuente de felicidad insospechada. A partir de entonces sólo hablaban de oficiales y, a sus ojos, la inmensa fortuna del señor Bingley —cuya sola mención animaba a su madre— no tenía ningún valor frente al uniforme de un abanderado.

Una mañana, después de escuchar a sus hijas hablar con efusividad sobre el asunto, el señor Bennet comentó con calma:

—Por vuestra forma de hablar, debéis de ser las dos chicas más bobas de toda la región. Ya lo sospechaba, pero ahora estoy convencido.

Catherine quedó desconcertada y no dijo nada, pero Lydia, con absoluta indiferencia, siguió diciendo cuánto admiraba al capitán Carter y cómo deseaba verlo en algún momento aquel día, porque se iba a Londres a la mañana siguiente.

—Me asombra, querido —dijo la señora Bennet—, que seas capaz de considerar tontas a tus propias hijas. Puedo mirar con desprecio a los hijos de otros, pero nunca lo haría con los míos, fueran éstos como fueran.

—Si mis hijas son tontas, es mejor que me dé cuenta.

—Sí, pero resulta que todas son muy listas.

—Pues para mí es un orgullo poder decir que es lo único en lo que no estamos de acuerdo. Tenía la esperanza de que compartiéramos la misma opinión en todo, pero ahora veo que disentimos en que nuestras dos hijas menores son inusitadamente tontas.

—Querido señor Bennet, no puedes esperar que las niñas tengan la misma sensatez que sus padres. Seguro que cuando tengan nuestra edad no pensarán en oficiales, como no lo hacemos nosotros. Recuerdo que una vez incluso a mí me gustó mucho un soldado de casaca roja... y en el fondo me sigue gustando. Y si un coronel joven y listo, con un estipendio de cinco o seis mil libras anuales, se interesara por alguna de nuestras hijas, no lo rechazaría. Es más, la otra noche el coronel Forster llevaba puesto el uniforme, y le favorecía mucho.

—Mamá —exclamó Lydia—, la tía dice que el coronel Forster y el capitán Carter ya no van tanto a casa de la señora Watson como al principio. Ahora los ve mucho por la biblioteca Clarke.

La entrada de un lacayo con una nota para la señorita Jane Bennet impidió contestar a la madre. La enviaban de Netherfield, y el sirviente esperaba una respuesta. Los ojos de la señora Bennet brillaban de satisfacción y, mientras su hija leía, preguntaba con ansias:

—Bueno, Jane, di: ¿de quién es? ¿Qué ha pasado? ¿Qué dice? Vamos, Jane, date prisa y cuéntanoslo. Date prisa, cariño.

—Es de la señorita Bingley —anunció Jane, y leyó en voz alta.

Querida amiga:

Si no tienes piedad para cenar hoy con Louisa y conmigo, corremos el peligro de acabar odiándonos para el resto de nuestras vidas, pues un día entero de conversación entre dos mujeres sólo puede acabar en riña. Ven en cuanto puedas al recibir la presente. Mi hermano y los caballeros saldrán a comer con los oficiales.

Un abrazo,

CAROLINE BINGLEY

—¡Con los oficiales! —exclamó Lydia—. ¿Por qué la tía no nos ha dicho nada de esto?

—El señor Bingley sale a cenar —dijo la señora Bennet—. Qué mala suerte.

—¿Puedo llevarme el carruaje? —preguntó Jane.

—No, cariño, más vale que vayas a caballo, porque parece que va a llover, y así tendrías que quedarte a pasar la noche allí.

—Sería una buena estrategia —señaló Elizabeth— si supieras con certeza que no se ofrecerán a llevarla a casa.

—No, porque los caballeros se habrán llevado la calesa del señor Bingley para ir a Meryton, y los Hurst no tienen caballos.

—Preferiría ir en nuestro coche, mamá.

—Pero cariño, seguramente tu padre necesita los caballos. Los necesitan en la granja, ¿verdad, señor Bennet?

—Los necesitan en la granja más veces de las que pueden disponer de ellos.

—Pero si disponen hoy de los caballos —dijo Elizabeth—, mamá se saldrá con la suya.

Y así fue como Elizabeth consiguió que su padre confirmara que necesitaban los animales (con lo que Jane se vería obligada a ir a caballo), mientras su madre la acompañaba a la puerta anunciándole

con satisfacción que iba a hacer mal tiempo. Y así fue: al poco de irse Jane se puso a llover a cántaros. Las hermanas se preocuparon por ella, pero la madre estaba encantada. No dejó de llover en toda la tarde: seguramente Jane ya no volvería.

—¡Pero qué magnífica idea la mía! —se congratuló la señora Bennet más de una vez, como si se hubiera puesto a llover gracias a ella.

Sin embargo, no conocería hasta la mañana siguiente el efecto de su acertada artimaña. Apenas si habían terminado de desayunar cuando un sirviente de Netherfield entregó la siguiente nota a Elizabeth:

Querida Lizzy:

Me he levantado sintiéndome muy mal, lo cual, supongo, se debe a que ayer me mojé entera. Estos buenos amigos no me permitirán volver a casa hasta que no me encuentre mejor. También insisten en que me vea el señor Jones. De modo que no os alarméis si oís que me ha visitado, ya que, aparte del dolor de garganta y el dolor de cabeza, no tengo nada.

Un abrazo,

JANE

—En fin, querida —dijo el señor Bennet cuando Elizabeth hubo leído la nota en voz alta—, si tu hija sufre un ataque o una enfermedad graves, o si muere, será un alivio saber que fue por tratar de conquistar al señor Bingley y obedecer tus órdenes.

—¡Oh, por favor!... no va a morir. La gente no se muere de un simple resfriado. Ya se encargarán ellos de cuidarla. Mientras esté allí, todo irá bien. Yo iría a verla si pudiera llevarme el carruaje.

Elizabeth, que estaba angustiada, pensaba ir a verla. Pero el coche no estaba disponible y, como no le gustaba montar a caballo, la única alternativa era ir a pie. Así que anunció su decisión.

—¿Cómo se te ocurre semejante disparate? —exclamó su madre—. ¡Con todo el fango que habrá! Cuando llegues no estarás presentable.

—Estaré lo bastante presentable para ver a Jane, que es lo que quiero.

—¿Eso es una indirecta, Lizzy —dijo su padre—, para que mande traer los caballos?

—No, claro que no. No me importa ir dando un paseo. La distancia no es importante cuando hay buenos motivos para recorrerla. No son ni cinco kilómetros. Estaré aquí a la hora de comer.

—Admiro el ímpetu de tu benevolencia —observó Mary—, pero la razón debe dominar los impulsos. Y en mi opinión, las decisiones deben ajustarse a lo que exigen las circunstancias.

—Te acompañaremos hasta Meryton —dijeron Catherine y Lydia.

Elizabeth accedió, y las tres muchachas salieron de casa juntas.

—Si nos damos prisa —dijo Lydia mientras andaban—, a lo mejor nos da tiempo a ver un rato al capitán Carter un momento, antes de que se vaya a Londres.

En Meryton se separaron: las dos más pequeñas se dirigieron a la casa donde se alojaba la esposa de uno de los oficiales, y Elizabeth prosiguió sola, atravesando un campo tras otro a paso ligero, sorteando cercas y charcos con prisa e impaciencia, hasta que al fin divisó Netherfield. Tenía los tobillos cansados y las medias sucias, pero un rostro radiante debido al calor del ejercicio.

La hicieron pasar a la sala de almorzar, donde estaban todos menos Jane y donde su aparición fue motivo de sorpresa. A la señora Hurst y la señorita Bingley les pareció casi increíble que hubiera recorrido a pie casi cinco kilómetros, tan temprano, con aquel tiempo inclemente, y sola; y Elizabeth estaba segura de que la despreciaban por ello. Con todo, la recibieron con cortesía. Y en las buenas maneras de su hermano había algo mejor que simple cortesía: alegría y amabilidad. El señor Darcy dijo bien poco, y el señor Hurst no dijo nada. El primero se debatía entre la contemplación de la luminosidad que el ejercicio había otorgado al rostro de Elizabeth, y el motivo de haber ido hasta allí sola desde tan lejos. El segundo sólo estaba pendiente del desayuno.

Al preguntar por Jane no recibió respuestas favorables. La seño-

rita Bennet había pasado mala noche y, aunque ya estaba despierta, tenía mucha fiebre y no estaba suficientemente bien para salir de la habitación. Elizabeth se alegró de que enseguida la llevaran donde estaba; y Jane de verla, pues por no asustar ni molestar a nadie, había evitado comentar en la nota cuánto ansiaba esa visita. Sin embargo, no tenía muchas ganas de hablar, y cuando la señorita Bingley llegó con Elizabeth, Jane sólo fue capaz de pronunciar palabras de gratitud por la extraordinaria generosidad con que la estaban tratando. Elizabeth le hizo compañía en silencio.

Terminado el desayuno, las hermanas Bingley fueron a la habitación. A Elizabeth empezaron a gustarle un poco más al ver el cariño y la preocupación que demostraban hacia Jane. Llegó el boticario y, después de examinar a la paciente, dijo, como se esperaba, que tenía un fuerte catarro y que había que hacer lo posible para que la joven mejorara. Le recomendó que siguiera guardando cama y prometió llevarle jarabes. Jane siguió sus consejos, ya que los síntomas febriles aumentaban y le dolía mucho la cabeza. Elizabeth no salió de su habitación ni un momento, y las hermanas Bingley pocas veces se ausentaban. Y como los caballeros habían salido, ellas no tenían nada mejor que hacer.

Cuando el reloj dio las tres, Elizabeth pensó que debía marcharse y así lo comunicó a su pesar. La señorita Bingley le ofreció el carruaje, pero Elizabeth prefirió que la anfitriona insistiera un poco más para aceptarlo. Sin embargo, cuando Jane expresó su deseo de marcharse con ella, la señorita Bingley se vio obligada a cambiar la oferta, invitando a su hermana a quedarse en Netherfield también. Sumamente agradecida, Elizabeth accedió, y mandaron a un sirviente a Longbourn para dar cuenta a la familia de que iba a quedarse allí y, asimismo, traerle algo de ropa.

CAPÍTULO VIII

A las cinco de la tarde las dos señoras se retiraron para cambiarse, y a las seis y media mandaron llamar a Elizabeth para cenar. A todas las atentas preguntas que le hicieron acerca de la salud de su hermana —y se alegró de observar especial interés por parte del señor Bingley— no pudo dar respuestas favorables: Jane no había mejorado en absoluto. Al oírlo, las hermanas repitieron tres o cuatro veces que lo lamentaban mucho, lo espantoso que era tener un catarro grave y lo poco que les gustaba ponerse enfermas. Dicho esto, no hablaron más de la cuestión, y su indiferencia para con Jane en ausencia de ésta volvió a despertar la antipatía inicial de Elizabeth hacia ellas.

No cabía duda de que el hermano era el único de los presentes de quien podía esperar buenas intenciones. Su preocupación por Jane era indiscutible, y agradecía las atenciones que le concedía a ella misma porque la ayudaban a no sentirse como una advenediza, lo que seguramente la consideraban los demás. Además, él era el único que le hacía caso. La señorita Bingley estaba absorta en el señor Darcy, y su hermana igualmente, o casi. En cuanto al señor Hurst, sentado junto a Elizabeth, era un hombre indolente que sólo vivía para comer, beber y jugar a las cartas; en un momento dado, al oírle decir a Elizabeth que ella prefería un plato sencillo a un estofado, consideró que no tenía nada más que hablar con ella.

Después de la cena Elizabeth volvió a la habitación de Jane. Y tan pronto abandonó la sala, la señorita Bingley empezó a hablar mal de ella. Opinó que tenía muy malos modales, una mezcla de orgullo e impertinencia, y que carecía de conversación, estilo, gusto, o belleza. La señora Hurst, que pensaba lo mismo, añadió:

—En pocas palabras: no tiene nada que permita recomendarla, aparte de ser una excelente caminante. Nunca olvidaré la pinta con que se ha presentado aquí esta mañana. Parecía una auténtica salvaje.

—La verdad es que sí, Louisa. Me ha costado contenerme. ¡La mera idea de venir ha sido un disparate! ¡Mira que echarse a andar

campo traviesa porque su hermana ha pescado un simple resfriado! ¡Iba toda despeinada y desastrada!

—Sí... ¿Y has visto la enagua? Porque te has fijado en la enagua, ¿no? Seguro que la ha hundido en diez centímetros de fango... por lo menos. E intentaba tapparla con la falda del vestido... pero no podía.

—Es muy detallada esa descripción del aspecto que tenía la señorita Elizabeth al llegar esta mañana —dijo Bingley—, pero a mí me ha pasado inadvertido: cuando ha entrado me ha parecido que estaba magnífica. Ni siquiera me he fijado en si llevaba la enagua sucia.

—Seguro que usted sí, señor Darcy —dijo la señorita Bingley—: quiero pensar que a usted no le gustaría ver a su propia hermana haciendo el ridículo de esa manera.

—No, desde luego.

—Ha venido cuatro, cinco... seis kilómetros, o los que sean, a pie con fango hasta los tobillos, y sola... ¡sola! Pero ¿qué pretendía? Yo creo que ha tenido la terrible presunción de querer demostrar independencia o algo así; una especie de indeferencia provinciana hacia el decoro.

—Lo que ha demostrado es que tiene un cariño encomiable por su hermana —dijo Bingley.

—Diría, señor Darcy —observó la señorita Bingley en un susurro—, que esta aventura ha afectado bastante a la buena opinión que tenía usted por sus ojos.

—En absoluto —respondió—: el ejercicio los ha iluminado.

Tras un breve silencio, la señora Hurst dijo:

—Yo tengo en gran estima a Jane Bennet; es una muchacha adorable, y deseo de todo corazón que le vaya bien en la vida. Pero con los padres que tiene, y con unos parientes de tan baja condición, me temo que no lo tendrá nada fácil.

—Me había parecido oírte decir que tenía un tío abogado en Meryton.

—Sí, y tienen otro que vive cerca del barrio londinense de Cheapside.

—¡Eso es capital! —exclamó la hermana, y ambas se echaron a reír con ganas.

—Aunque tuvieran suficientes tíos para llenar todo Cheapside —se quejó Bingley—, no serían por eso menos agradables.

—Pero reduciría sensiblemente sus posibilidades de casarse con hombres de cualquier condición en todo el mundo —observó Darcy.

Bingley no respondió al comentario, pero sus hermanas mostraron con entusiasmo su conformidad y se permitieron regodearse un rato más a costa de los ordinarios parientes de su querida amiga.

Ahora bien, al retirarse para visitar a la enferma, volvieron a mostrarle afecto y le hicieron compañía hasta que las llamaron para el café. Jane se encontraba muy mal todavía, y Elizabeth no quiso dejarla sola en ningún instante, hasta que, al final de la tarde, cuando vio que se había dormido, quedó tranquila y pensó que había llegado el momento de bajar con los demás, no porque le apeteciera, sino por educación. Al entrar en el salón, se encontró a todo el grupo jugando al *loo* y enseguida la invitaron a unirse. Sin embargo, al sospechar que apostaban alto, declinó la invitación y, usando a su hermana como excusa, dijo que prefería entretenerse con un libro el poco tiempo que podría pasar abajo. La señora Hurst la miró con asombro.

—¿Prefiere leer a jugar a las cartas? —se extrañó—. Pero qué cosa más rara...

—La señorita Eliza Bennet —explicó el señor Bingley— no tiene interés en los juegos de cartas. Es una magnífica lectora, y nada le gusta tanto como leer.

—No merezco elogio ni censura por leer —se defendió Elizabeth—: no soy una magnífica lectora, y me gustan muchas otras cosas.

—Como cuidar a su hermana —sugirió Bingley—, y supongo que más todavía le gustará verla mejorada pronto.

Elizabeth le dio las gracias por su buen corazón y luego se acercó a una mesa sobre la que había libros. Bingley enseguida se ofreció a ir a buscarle los que tenía en su biblioteca.

—Me gustaría tener una colección más nutrida para darle el gusto. Y por mi propio prestigio. Pero soy perezoso y, aunque no tengo muchos, tengo más de los que nunca hojearé.

Elizabeth le aseguró que tenía de sobra con los que había en la sala.

—Me sorprende —dijo la señorita Bingley— que mi padre dejara una colección de libros tan escasa. En cambio, usted, señor Darcy, ¡tiene una biblioteca estupenda!

—Por fuerza ha de ser así —respondió—. Representa la aportación de muchas generaciones.

—Y usted ha contribuido mucho a agrandarla: siempre está comprando libros.

—No concibo que, hoy en día, una biblioteca familiar se desatienda por descuido.

—¡Por descuido! Estoy segura de que usted no descuida nada que contribuya a embellecer más esa noble casa. Charles, cuando construyas tu casa, espero que sea la mitad de hermosa que Pemberley.

—Espero que así sea.

—Pero lo que yo te aconsejaría es que hicieras la adquisición en el mismo vecindario y la construyeras usando Pemberley como modelo. No hay región más bonita en toda Inglaterra que Derbyshire.

—Desde luego que lo haría. Es más: compraría Pemberley si Darcy la vendiera.

—Yo hablo de posibilidades, Charles.

—Te aseguro, Caroline, que preferiría la posibilidad de comprar Pemberley a adquirir una imitación.

La conversación distraía tanto a Elizabeth que casi no podía concentrarse en el libro. De modo que al poco rato lo dejó a un lado y se acercó a la mesa de juego. Se puso entre el señor Bingley y su hermana mayor para observar la partida.

—¿Ha crecido mucho la señorita Darcy desde la primavera? —preguntó la señorita Bingley—. ¿Será tan alta como yo?

—Creo que sí. Ahora es de la estatura de la señorita Elizabeth Bennet, o un poco más alta.

—¡Qué ganas tengo de volver a verla! No he conocido a persona más encantadora. ¡Con tanta compostura, con esos modales! ¡Y haber adquirido ya tantas habilidades a su edad! El concierto que dio al pianoforte la última vez fue exquisito.

—Me asombra —observó el señor Bingley— la paciencia que llegan a tener todas las mujeres para instruirse y desarrollar tantas habilidades.

—¿Cómo que todas las mujeres? Querido, Charles, ¿qué quieres decir con eso?

—Pues eso mismo: todas. Todas saben pintar cuadros, forrar mamparas y tejer bolsitas. Es más: diría que no conozco a ninguna que no sepa hacer todo eso y aseguraría que siempre que me han hablado por primera vez de una joven me han dicho todas las veces que tiene muchas habilidades.

—Las tres habilidades comunes a las que te has referido —dijo Darcy— suelen ser ciertas. Se tiende a decir que una mujer es instruida aunque sólo sepa tejer bolsas o forrar mamparas. Pero no estoy de acuerdo en tu opinión general sobre las mujeres. De entre mis conocidas, no puedo presumir de que haya más de seis mujeres realmente instruidas.

—Ni yo, estoy segura —aseguró la señorita Bingley.

—En tal caso —observó Elizabeth—, su idea de una mujer instruida debe de incluir muchos conocimientos.

—Así es, muchos.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó su fiel adepta—. No se puede considerar que una persona sea instruida de verdad a menos que sobresalga por alguna habilidad. Una mujer debe destacar por sus conocimientos de música, canto, baile y lenguas modernas para considerarla instruida. Es más: debe tener cierta distinción en la manera de andar, en el tono de voz, en el trato y en el modo de expresarse. Si no, sólo podrá decirse que es instruida a medias.

—Cierto, debe poseer todo eso —añadió Darcy—, pero además algo más sustancioso: que le guste enriquecer el intelecto con abundantes lecturas.

—En ese caso no me extraña nada que sólo conozca a seis mujeres instruidas. De hecho, me sorprende que conozca alguna —observó Elizabeth.

—¿Tan exigente es usted con su propio sexo para dudar de que pueda haber mujeres así?

—Jamás he conocido a una mujer como la que describe, que reúna tanta capacidad, tanto buen gusto, tanta dedicación y tanta elegancia a la vez.

La señora Hurst y la señorita Bingley protestaron por lo injusto de la duda implícita en su comentario, diciendo que ellas conocían a muchas mujeres que coincidían con la descripción, y el señor Hurst las reprendió, quejándose de que no estaban atentas al juego. Como nadie volvió a decir nada, Elizabeth salió del salón al poco rato.

—Eliza Bennet —dijo la señorita Bingley en cuanto aquélla salió y cerró la puerta— es una de esas mujeres que pretenden gustar a los hombres subestimando a las mujeres. Y seguramente le resulta con muchos. Pero en mi opinión es un recurso mezquino, es emplear malas artes.

—Es indiscutible —respondió Darcy, a quien el comentario iba dirigido principalmente— que hay mezquindad en cualquier arte que use una mujer para seducir a un hombre. Todo lo que tenga que ver con la astucia es detestable.

La respuesta no contentó tanto a la señorita Bingley como para seguir hablando del tema.

Elizabeth volvió a entrar en el salón, aunque sólo para decir al grupo que su hermana estaba peor, y que no podía dejarla sola. Bingley dijo que harían venir al señor Jones de inmediato, y sus hermanas, convencidas de que la opinión de un médico de provincias no serviría de nada, recomendaron que enviaran al pueblo en servicio de urgencia a un doctor eminente. Elizabeth rechazó en rotundo esta recomendación, pero aceptó la del hermano. Así pues, acordaron que mandarían llamar al señor Jones a primera hora de la mañana si la señorita Bennet no se encontraba mejor. Bingley dijo que estaba muy preocupado; sus hermanas aseguraron que estaban muy apenadas. Sin embargo, la pena se les pasó enseguida tocando duetos, mientras que su hermano trató de aliviar su preocupación indicando al ama de llaves que se atendiera de la mejor manera posible a la enferma y a su hermana.

CAPÍTULO IX

Elizabeth pasó casi toda la noche en la habitación de Jane. Por la mañana tuvo la alegría de poder decir a la sirvienta enviada por el señor Bingley que Jane estaba mejor y repetirlo, poco después, a las dos elegantes señoras que atendían a las hermanas Bingley. Sin embargo, pese a la mejoría, Elizabeth solicitó que se enviara una nota a Longbourn, en la que transmitía a su madre el deseo de que acudiera a ver a Jane y opinara sobre la situación. La nota se envió de inmediato, y la señora Bennet accedió igual de pronto a la petición. Así, acompañada por sus dos hijas menores, llegó a Netherfield poco después del desayuno.

Si la señora Bennet hubiera pensado que Jane corría algún riesgo, se habría angustiado mucho. Sin embargo, al ver que su estado no era alarmante, no sintió ningún deseo de que se recuperara pronto, pues si recobraba la salud tendría que abandonar Netherfield. Por lo tanto, hizo oídos sordos a la propuesta de Elizabeth de llevarla a casa. El boticario, que llegó sobre la misma hora, también opinó que no era nada recomendable trasladar a la enferma. Después de hacer compañía a Jane durante un rato, entró la señorita Bingley. Ésta invitó a la madre y las tres hijas a la sala de almorzar. Bingley las recibió y expresó su deseo de que la señora Bennet no hubiera encontrado a la señorita Bennet peor de lo que esperaba.

—La verdad es que sí, señor Bingley —dijo la señora Bennet—. Su estado es demasiado grave para llevarla a casa. El señor Jones dice que ni se nos ocurra moverla. Tendremos que abusar un poco más de su amabilidad.

—¡No, claro, no la moveremos! —exclamó Bingley—. Y seguro que mi hermana se opondrá a que se vaya.

—Puede estar segura, señora —dijo la señorita Bingley con fría cordialidad— de que la señorita Bennet recibirá toda la atención posible mientras esté con nosotros.

La señora Bennet se deshizo en agradecimientos.

—Si no fuera —añadió— por estos buenos amigos, no sé qué habría sido de ella, porque lo cierto es que está muy enferma y está

sufriendo muchísimo aunque aguante con toda la paciencia del mundo. Pero es que ella siempre ha sido así: es la persona apacible que conozco. A menudo les digo a sus hermanas que, a su lado, no son nada... Esta sala es muy coqueta, señor Bingley, y tiene una vista preciosa al caminito de grava. No conozco en toda la región una casa comparable a Netherfield. Espero que no se precipite a marcharse de un día para otro. Aunque la ha alquilado para poco tiempo, ¿verdad?

—Todas las decisiones que tomo son precipitadas —respondió Bingley—. Por tanto, si decidiera irme de Netherfield podría hacerlo en cuestión de cinco minutos. Pero, por el momento, creo que estoy bastante bien instalado.

—Es justo lo que esperaba de usted —respondió Elizabeth.

—Usted empieza a entenderme, ¿verdad? —dijo él, volviéndose hacia ella.

—¡Ya lo creo! Le entiendo perfectamente.

—Espero que sea un cumplido... aunque sé que es lamentable ser tan transparente a los ojos de los demás.

—Cada uno es como es. Un carácter profundo, enrevesado, no tiene por qué ser más o menos digno de estimación que uno como el suyo.

—Lizzy —la regañó la madre—, recuerda dónde estás y no te comportes con el desparpajo que se te permite en casa.

—No sabía —se apresuró a añadir Bingley— que disfrutara analizando el carácter de la gente. Debe de ser entretenido.

—Sí, pero los caracteres difíciles son los más entretenidos. Al menos cuentan con esa ventaja.

—En general —dijo Darcy—, no suele haber en el campo muchas personas a las que analizar, pues el círculo social con el que uno se relaciona, el de los vecinos, es limitado y no varía.

—Pero las personas en sí cambian, de modo que siempre hay algo nuevo que observar.

—Exacto —protestó la señora Bennet, ofendida por cómo el señor Darcy había descrito la sociedad rural—. Le aseguro que en el campo eso abunda tanto como en la ciudad.

Todos quedaron boquiabiertos, y Darcy, después de quedársela mirando, se apartó sin decir más. Creyendo que lo había desarmado con su comentario, la señora Bennet reiteró su argumento triunfal.

—No veo qué grandes ventajas puede tener Londres frente al campo, aparte de las tiendas y los lugares públicos. El campo es muchísimo más agradable, ¿verdad que sí, señor Bingley?

—Cuando estoy en el campo —respondió éste—, no me iría nunca; pero lo mismo me pasa cuando estoy en la ciudad. Cada uno tiene sus ventajas, y yo me siento a gusto en ambos por igual.

—Sí... pero porque usted tiene buen carácter. Pero tal como ha hablado ese caballero —dijo, mirando a Darcy—, parece que el campo sea algo despreciable.

—Mamá, seguramente te confundes —se excusó Elizabeth, roja de bochorno por el comportamiento de madre—. Creo que has interpretado mal al señor Darcy. Él se refería a que en el campo no hay tanta variedad de gente como en la ciudad. Y eso es verdad, debes reconocerlo.

—Por supuesto que sí, cariño, nadie ha dicho que en el campo haya tanta variedad, pero eso de que no hay muchos vecinos... Estoy segura de que en pocos sitios hay tantos vecinos como aquí. Yo misma he cenado alguna vez con veinticuatro familias.

Bingley sólo se contenía por Elizabeth. Su hermana fue menos delicada y lanzó una mirada al señor Darcy con una sonrisa muy elocuente. Elizabeth, por distraer la atención de su madre, preguntó si Charlotte Lucas había pasado por casa.

—Sí, nos visitó ayer con su padre. Qué hombre más agradable es sir William, ¿no le parece, señor Bingley? ¡Tan elegante! ¡Tan refinado y amable! Siempre tiene una buena palabra para todo el mundo. Eso es para mí una persona educada; y no esas personas que se creen muy importantes y nunca abren la boca.

—¿Y Charlotte se quedó a comer?

—No, volvió a su casa. Creo que la necesitaban para preparar pasteles de carne picada. Yo, señor Bingley, prefiero tener criados que hagan el trabajo; mis hijas están educadas de otra manera. Pero,

claro, cada cual hace las cosas a su modo, y las hermanas Lucas son buenas muchachas, se lo aseguro. ¡Es una lástima que no sean guapas! Charlotte mismo me parece tan poco agraciada... pero bueno, es una amiga muy querida.

—Parece una chica muy agradable —dijo Bingley.

—Sí, claro... Pero hay que reconocer que es muy poco agraciada. La propia lady Lucas suele decirlo, y siempre me ha envidiado que tenga una hija como Jane. A mí no me gusta presumir de hija, pero es que Jane... pocas veces se ven mujeres tan bellas. Lo dice todo el mundo, no sólo yo como madre. Cuando Jane tenía quince años, en casa de mi hermano Edward Gardiner (que vive en la ciudad) se alojaba un caballero que estaba tan enamorado de ella que mi cuñada pensó que le haría una propuesta de matrimonio antes de irnos. Pero al final no lo hizo. Quizá pensó que era demasiado joven. Eso sí, le dedicó un poema precioso.

—Y así se desenamoró —dijo Elizabeth con impaciencia—. Me temo que le ha pasado a más de uno. ¿Quién sería el primero en descubrir que la poesía es un buen medio para ahuyentar el amor?

—Yo siempre he pensado que la poesía nutre el amor —opinó Darcy.

—Puede, si es un amor puro, estable y sano. Cualquier cosa nutre algo que por sí mismo ya es fuerte. Pero si es sólo una inclinación leve e inconsistente, estoy convencida de que un buen soneto lo acabará de desnutrir.

Darcy se limitó a sonreír, y el silencio que se impuso en la sala hizo temer a Elizabeth que su madre volviera a ponerse en evidencia. Quería hablar, pero no se le ocurría nada. Hasta que la señora Bennet rompió el silencio volviendo a agradecer al señor Bingley su amabilidad para con Jane, y a disculparse por causarle molestias con la presencia de Lizzy. El señor Bingley le respondió con llana cordialidad, y obligó a Caroline a ser cortés también y decir las palabras que exigía la ocasión. Ésta así lo hizo, aunque con poca elegancia, pero la señora Bennet se dio por satisfecha y, al rato, pidió que le trajeran el carruaje. Dicho esto, la menor de sus hijas dio un paso adelante. Las dos niñas se habían pasado la visita cu-

chicheando entre ellas para decidir que la más pequeña recordaría al señor Bingley que al llegar a Netherfield había prometido que daría un baile en su casa.

Lydia era una muchacha corpulenta y crecida de quince años, tez delicada y carácter alegre. La predilección de su madre por ella le había valido para que la presentara en sociedad a una edad temprana. Era impetuosa y se daba un aire de suficiencia, fortalecido hasta el envanecimiento por las atenciones que le prodigaban los oficiales. Atenciones, por otra parte, propiciadas por las cenas que su tía organizaba y su propia espontaneidad. Así pues, Lydia planteó de repente y sin ningún reparo la cuestión del baile al señor Bingley; le recordó que era una promesa y dijo que sería una vergüenza no cumplirla. La respuesta a la repentina arremetida fue una alegría para la madre.

—Estoy más que dispuesto a mantener mi compromiso. Y cuando su hermana se recupere, usted misma fijará una fecha para el baile. Porque supongo que no querrá estar en un baile mientras ella guarda cama.

Lydia se dio por satisfecha.

—¡No, claro! Mejor esperaremos a que Jane se ponga bien. Para entonces el capitán Carter seguramente ya habrá vuelto a Meryton. Y después de su baile —añadió—, pediré a los oficiales que organicen otro. Le diré al coronel Forster que será una vergüenza si no lo hace.

La señora Bennet y sus hijas se marcharon, y Elizabeth regresó enseguida al cuarto de Jane, permitiendo así que las damas y el señor Darcy pudieran comentar a sus anchas su comportamiento y el de su familia. Sin embargo, pese a los comentarios sarcásticos que la señorita Bingley hizo sobre sus «ojos bonitos», no consiguió que Darcy criticara a Elizabeth.